

Horacio Crespo

MOSCU CONTRA EL ISLAM: LA CRISIS AFGANA

Hace dos años, entre la Navidad de 1979 y el Año Nuevo de 1980, el mundo fue sorprendido por lo que en el curso de pocas horas pasó de ser "una nueva etapa del compromiso militar de Moscú en Afganistán" a convertirse en la invasión en regla de un país por una superpotencia, la liquidación de una ya menguada soberanía y la creación de un importante foco de tensión en el cargado panorama de las relaciones internacionales. Y, por cierto, a erigirse en la causa directa de la intensificación de una guerra popular de liberación que hoy prosigue con toda intensidad.

La "cuestión afgana" ocupó el centro de la atención mundial en los meses iniciales de 1980. Pero con el transcurrir del tiempo fue pasando a un discreto segundo plano, una situación que se acentuó a lo largo del año pasado. Nuevas tensiones emergieron como problemas candentes, pero también de ocultamientos interesados, poco inocentes políticamente. Así, el conflicto de ese lejano y prácticamente desconocido país, y la lucha del pueblo afgano por su supervivencia nacional, fueron quedando relegados en la conciencia política cotidiana y —significativamente— en la confusa madeja del juego de las potencias. Pareciera haber tenido un éxito más que relativo la apuesta soviética "de un olvido más o menos rápido" de su acción por parte de Occidente, como preveía un editorial de *Le Monde* en los días de la invasión; olvido por supuesto muy ayudado por la discreción condescendiente de ciertos poderes respecto a las agresiones del expansionismo soviético, y por el silencio incómodo de algunos ideólogos muy inclinados a distinciones sutiles entre luchas de un pueblo o de otro, entre un agresor u otro, utilizando una ya gastada escolástica que encubre cada vez menos una realidad evidente.

Sin embargo, el problema afgano permanece vigente en el panorama internacional por tres buenas razones. Primera: por la tozuda resistencia que los guerrilleros musulmanes y otras fuerzas nacionales afganas oponen al invasor soviético y a los gobernantes títeres, lo que sumado a otros procesos de lucha nacional, como el eritreo o el camboyano, y a la agudización de los conflictos y las contradicciones en el bloque y en la propia URSS, pueden ir creando tendencialmente un factor de desgaste y desestabilización en el sistema regido desde el Kremlin. Segunda: la acción soviética ocasionó un impacto importante en la opinión pública mundial, especialmente en los países del Tercer Mundo y en el Movimiento de No Alineados, lo que redundó en un aumento de la conciencia política internacional respecto al significado y peligrosidad real de la política de superpotencia expansionista llevada adelante por la URSS, en especial en el transcurso de la década pasada. Tercera razón: el avance ruso en Afganistán contiene un elemento importante de perturbación de la balanza estratégica de poder entre las super-

potencias, al ser un gran paso en el despliegue del dispositivo militar global soviético, por lo que necesariamente figura como pieza clave en el conjunto del contencioso Este-Oeste. Además, otro aspecto de particular resonancia es que el hecho afgano ofrece un privilegiado ángulo de visión de las relaciones entre moral y política en el mundo actual, desnudando abiertamente el cinismo de las justificaciones de la agresión junto con las miserias de la *Realpolitik* de las potencias y las mistificaciones de un ideologismo encubridor de una buena parte de la *intelligentzia* declamadoramente "comprometida" con los pueblos y sus luchas.

Por todo ello una revisión de los sucesos de Afganistán no resulta ociosa, ya que contribuye a la comprensión de un panorama mundial ensombrecido por el desarrollo de tendencias belicistas surgidas de la confrontación de las superpotencias y por la situación cada vez más desesperada de los países víctimas de sus agresiones o presiones militares directas, o sujetos a la vigencia de un orden económico injusto y agobiante.

Un mosaico lingüístico y étnico

Afganistán, con sus 652,221 kilómetros cuadrados de superficie y sus aproximadamente veinte millones de habitantes —de los cuales tres son nómades—², resultaba uno de los lugares más desconocidos y lejanos del planeta, sumergido en un anonimato eventualmente alterado por alguna somnolienta lectura de Kipling, hasta que la "historia universal" —esta vez bajo la forma de tanques soviéticos— lo alcanzó a fines de 1979. País de altas montañas, valles estrechos y terribles desiertos de arena, su "vocación geográfica" —esa compleja síntesis entre medio natural e historia creada por el sabio Vidal de la Blache— fue definida por ser asiento del único paso practicable entre Asia Central y el subcontinente indio. Ruta secular de todos los grandes conquistadores que



marcharon sobre la India, desde Alejandro a Tamerlán, Afganistán se convirtió en una encrucijada histórica de flujos comerciales y culturales, circunstancia que explica el intrincado mosaico étnico y lingüístico de su población.

En efecto, además de un conjunto de grupos menores, tres grandes conglomerados étnicos conforman la población afgana. Los pashtunes, asentados en el sur y el este del país, divididos en más de sesenta tribus reunidas en confederaciones, de las que las más importantes son la Durrani y la Ghilzail, se extienden desde Qandahar hasta Kabul, y por cierto más allá de la frontera con Pakistán, lo que hace artificial todo intento de división que siga la demarcación limítrofe entre los dos países, hecho de importancia política enorme en las actuales circunstancias. Una organización tribal que reposa en clanes, subclanes y familias patriarcales ligadas por lazos de parentesco originados en un ancestro común, rígidas tradiciones en cuanto a la propiedad y la herencia y la observancia de un fuerte código de honor (el *pashtunwali*), son sus características sociales básicas. El segundo grupo, los hazaras, tienen su principal asentamiento en la región montañosa central de Hazarajat, pero la fuerte presión demográfica hizo que emigraran hacia otras partes del país, siendo la base de los principales sectores de obreros y pequeños comerciantes. El tercer grupo étnico importante es el turco, constituido principalmente por uzbekos y turcomanos, con un pequeño número de kirghizes. Los primeros son agricultores, pero los demás son pastores nómadas. Habitan al norte del gran macizo del Indu-Kush y en el Turkeistán afgano, y mantienen alguna relación con los grupos étnicos afines de las repúblicas soviéticas fronterizas. Lo mismo ocurre con los tadjiks, que viven en el noreste, en la región de Kabul y en la histórica ciudad de Herat, agricultores en las llanuras y seminómadas en los altos valles. Constituyen un tercio de la población total y tienen el mismo común tronco lingüístico persa que los pashtunes. Finalmente, en el oeste del país viven una serie de grupos de origen heterogéneo, denominados chahar-aimaks.

Las complicaciones lingüísticas se suman a las étnicas. Además del pashto, de origen iranio, con variantes dialectales regionales y una importante tradición literaria vinculada con la consolidación de la nacionalidad, y desde 1936 el idioma oficial de Afganistán, el dari o farsi —variante del persa— hablado por un tercio de la población y usado comúnmente por la administración y el comercio constituye la *lingua franca* entre los diferentes grupos y regiones del país. Junto con esos idiomas de raíz indoeuropea, son utilizados el uzbeko, el turcomano y el kirghiz —de la familia uralaltaica—, por alrededor del diez por ciento de la población.

Aparte de la complejidad que presuponen estas especiales características étnicas y lingüísticas, la organización económica, social y especial de los afganos constituye una barrera básica para la implementación de modelos externos de "modernización" y "progreso", máxime cuando éstos llegan con la carga de dogmatismo e incomprensión cultural que caracteriza generalmente a los planteamientos de tipo marxista. Afganistán es un país de agricultores sedentarios y pastores nómadas y seminómadas, con menos del 8% de los habitantes concentrados en villas y ciudades. El asentamiento agrícola típico es el pequeño caserío, con un patrón de dispersión en las tierras irrigadas vecinas de los grandes ríos, construido como un pequeño fuerte y que alberga en su interior las casas de adobe de las familias, estrechamente unidas para formar una comunidad defensiva. El país cuenta, en un cálculo rápido, con unas quince mil de estas aldeas, que oscilan entre dos mil habitantes y una docena de

hogares, organizadas en torno a la autoridad de un consejo de ancianos y un *malik*, el jefe, nombrado por ellos, además de la *dijirgah*, asamblea de los jefes de familia que reviste la forma de cierta democracia patriarcal tradicional.

En los altos valles los asentamientos son aún más aislados y cada hogar cuenta con un corto número de cabezas de ganado que son llevados a sus pasturas durante el verano y retornados en el invierno, bajo una forma también tradicional de transhumancia seminómada. Por fin, los nómades son en su gran mayoría pastores pashtunes que se mueven en grupos tribales y clánicos desde las tierras de pastoreo de verano a las de invierno, y viceversa, atravesando generalmente la frontera pakistaní. Tienen la misma organización patriarcal que las aldeas, viven en tiendas de campaña y utilizan para el transporte camellos y asnos. Así, y a grandes rasgos, este es el país que hoy enfrenta la invasión del ejército ruso y que saca de estas mismas peculiaridades sociales, de su "atraso" tradicional, a la vez la debilidad y la fuerza de su movimiento de resistencia.³

El estado "Tapón"

El papel histórico del moderno Afganistán fue definido desde 1830 por la política del Foreign Office británico conducido por Palmerston: el Asia Central islámica debería ser utilizada por Gran Bretaña para amortiguar la expansión rusa⁴. Dos objetivos principales seguía la estrategia inglesa al apelar al recurso indicado: primero, defender el corazón de su imperio, la India; segundo: el cierre del acceso de los mares cálidos a los zares, que de lograrse pondría en aprietos sus líneas de comunicación marítimas. Afganistán, llave de los pasos hacia el sur, constituía un elemento clave de las preocupaciones de Londres, y también de San Petersburgo. La influencia rusa sobre Persia determinó el ataque de ésta sobre Afganistán en 1837, situación que la aparición de agentes zaristas en Kabul agravó a los ojos británicos. Fuerzas inglesas atacaron en 1839 y ocuparon las principales ciudades, pero a la vez desencadenaron una enorme resistencia rural dirigida por Dost Mohammad, fundador de la dinastía Barazkai, que culminó con la desastrosa retirada de enero de 1842 en la que un ejército anglo-indio de más de 12.000 hombres fue aniquilado por los guerrilleros afganos en el paso de Khyber. La Primera Guerra Afgana terminó con la evacuación de Afganistán por los ingleses, y el triunfo de Dost Mohammad, que unificó al país bajo su mando.

La recepción en 1878 de un enviado ruso en Kabul por parte del sucesor de Mohammad Dost, su hijo el Emir Shir





Dibujo de Tim

Alí Khan, a la vez que rehusaba actuar recíprocamente con los ingleses, motivó una nueva invasión y la Segunda Guerra Afgana. El pedido de ayuda a los rusos por parte del Emir no tuvo éxito, y el sucesor de Shir Alí (muerto en 1879), Yaqub Khan, aceptó las exigencias británicas. Sin embargo, la guerra era ya incontrolable y sucesivas masacres de tropas invasoras consolidaron la terrible fama de los guerreros afganos. Finalmente, la guerra terminó en 1881 con un *statu quo* que colocaba a Afganistán en la situación de estado tapón entre las presiones inglesas y rusas, situación mantenida hasta la finalización de la Primera Guerra Mundial.

En febrero de 1919 el Emir Habibollah Khan plantea que la Conferencia de Paz de París declare la "absoluta libertad, soberanía de acción y perpetua independencia de Afganistán". Aunque fue asesinado inmediatamente, su hijo Amanollah Khan, proclamado rey, declaró la completa independencia de Afganistán en sus asuntos internos y externos. Esto desencadenó un nuevo intento inglés, desde la India, de dominar a los afganos y la Tercera Guerra Afgana estalló en mayo de 1919. No tuvo un resultado distinto del de las anteriores. El tratado de Rawalpindi, firmado el 8 de agosto del mismo año, confirmó la independencia afgana, eliminó toda influencia británica y significó un triunfo para el reformista rey Amanollah.

El nuevo rey, un reformista sincero y patriota, impulsó programas de educación, de construcción de carreteras e inclusive —luego de un viaje a Europa en 1928— un plan de reformas legislativas en favor de la mujer, lo que terminó de enajenarle el apoyo del clero musulmán y de los grupos reaccionarios. Jaqueado por una revuelta tribal y por un notorio jefe de bandidos (Bachcheh Saqow, que llegó a ocupar Kabul), Amanollah tuvo que abdicar en enero de 1929. Des-

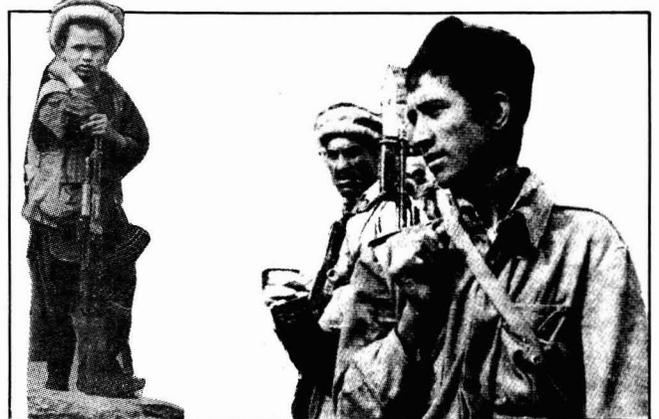
pués de un corto periodo de disturbios un nuevo rey, Nader Khan, prosiguió la obra reformista de su primo: fundó nuevas escuelas, un colegio médico y otro militar, y sancionó en 1931 una cautelosa constitución que institucionalizó una legislatura bicameral.

Después del asesinato de Nader Khan, en 1933, el poder fue ocupado por Zaher Shah, que también continuó esa política de consolidación nacional y de reformas cuidadosas. A partir de la segunda guerra mundial, durante la que Afganistán mantuvo una estricta neutralidad, se implementaron algunos proyectos más ambiciosos de desarrollo económico, organizados bajo la forma de planes quinquenales y apoyados por la ayuda financiera de Estados Unidos y la Unión Soviética. Se efectuaron obras de irrigación, los soviéticos construyeron una carretera estratégica en el norte, por el paso de Salang (ahora utilizada por sus blindados y unidades motorizadas), y los estadounidenses otra que vinculó a Afganistán con Irán y Pakistán. Sin embargo, el gobierno mantuvo una distancia prudente de ambas potencias e impulsó en la década de los sesenta un plan de aliento al desarrollo de la inversión interna con moratoria impositiva, libre importación de bienes de capital y una tarifa arancelaria proteccionista. No obstante, esas reformas sólo alcanzaron la región de Kabul y aumentaron el desequilibrio existente entre la capital y el resto del país. En el terreno político, el rey impulsó en 1964 la sanción de una nueva constitución liberal y modernizadora.

La historia afgana reciente aparece entonces signada por dos elementos dominantes: la lucha por el reconocimiento y la defensa de la independencia nacional —dentro del marco de la búsqueda de la neutralidad en la disputa de las grandes potencias, siempre interesadas por su estratégica posición—, y la permanente contradicción entre las fuerzas modernizadoras y las conservadoras, que mantuvieron la situación interna dentro de un ciclo de pronunciada inestabilidad. Lo importante a subrayar es que la tendencia del progreso y el desarrollo económico no ha sido patrimonio exclusivo de la izquierda prosoviética que desde 1978 "controla" el país, lo cual matiza en mucho la idea generalmente vigente que esquematiza el proceso histórico de la nación afgana entre los comunistas portadores del progreso y la transformación social contra una banda de reaccionarios "feudales" decididos a mantener a la nación en el atraso, la explotación y la miseria.

El desarrollo de la crisis

En 1953 un primo del rey Zaher, Mohammad Daoud Khan, es nombrado primer ministro, y emprende una estrategia de



acercamiento a la Unión Soviética como base para el desarrollo del país: punto significativo, gran número de oficiales del ejército van a formarse profesionalmente a Moscú. Las relaciones afgano-soviéticas eran de muy vieja data, remontándose al momento del gran interés de Lenin por el proceso revolucionario de Asia después del congelamiento de la revolución europea. Efectivamente, el 27 de noviembre de 1919, el fundador del estado soviético dirigía una carta al reformador rey Amanollah que, leída seis décadas después, tiene paradójicas resonancias: "En el presente —escribía Lenin—, un Afganistán floreciente es el único estado musulmán independiente del mundo. El destino carga al pueblo afgano con la gran tarea histórica de unir en torno a él a los pueblos musulmanes esclavos y conducirlos por la ruta de la libertad y la independencia". En 1921 se acordaba el primero de los tratados de amistad soviético-afganos, por el que Moscú se comprometía a una subvención anual de medio millón de dólares; en 1926, el mismo Emir Amanollah firmó en su residencia de verano un pacto de no agresión con la URSS, renovado entre su sucesor y Stalin en 1931. El delicado equilibrio neutralista afgano, herencia del siglo XIX, exigía buenas relaciones con el vecino del norte.

Pero la política de Daoud implicaba una ligera modificación en la balanza, que además se iría acentuando. En 1955 Khrushchev viaja a Kabul y renueva por diez años el acuerdo de amistad, —que sería puntualmente renovado en 1965. En 1964 el rey Zaher despide a Daoud e inicia un movimiento hacia Occidente, principalmente orientado hacia los Estados Unidos, pero sobre la base de una diversificación de las relaciones exteriores concretadas con Pakistán en 1961, con un tratado fronterizo con China en 1963 y acuerdos financieros bilaterales con Gran Bretaña, Alemania Federal, Francia, Suecia y el Banco Mundial. El resultado de las elecciones legislativas de 1969, en las que cobran fuerza los elementos conservadores y se radicaliza la oposición de izquierda, con grandes manifestaciones estudiantiles en Kabul, condujo al fracaso de la política moderada del rey. La situación se agravó con la penuria alimenticia a inicios de la década de los sesenta, que culminó con una hambruna que —según algunos observadores bien enterados— costó doscientos mil muertos.⁵

En ocasión de una visita de Zaher Shah a Roma, el 17 de julio de 1973, Mohommad Daoud retorna al poder por medio de un sangriento golpe de estado y proclama la república. Reorientado Afganistán hacia un neutralismo claramente amistoso con respecto a la Unión Soviética, a partir de marzo de 1977 el régimen intenta dar un viraje y restablecer lazos privilegiados con Occidente. Esto le resultó fatal: el 27 de abril de 1978 un nuevo golpe de estado derroca y da muerte a Daoud Khan, luego de importantes manifestaciones orientadas por el Partido Popular Democrático. Se crea un Consejo Revolucionario de las Fuerzas Armadas y el 30 de abril Nur Mohammad Taraki, uno de los jefes del comunismo prosoviético, es nombrado jefe de Estado. La URSS es el primer país que reconoce al nuevo poder, que inmediatamente se declara ateo, "amigo de la URSS", y desata una represión brutal contra un conjunto de fuerzas representativas de distintas corrientes políticas del país. Donde también la aplicación de una inmediata reforma agraria, cuyos postulados rápidamente indican un desconocimiento absoluto de las condiciones reales de la economía y la sociedad afganas.⁶

Lo esencial del golpe de estado de 1978, llamado "revolución de abril" por sus apologistas, es que a partir de él *Afganistán abandona su histórico papel de "estado tapón" entre la influen-*



cia zarista, y luego soviética, y la británica traspasada a Estados Unidos, de "amortiguado" de los intereses estratégicos de Rusia y Occidente en la región. La pasividad norteamericana frente al golpe significó claramente un índice de la nueva audacia de Moscú y el debilitamiento del poder disuasivo estadounidense en la región.

Las herramientas fundamentales de los soviéticos en 1978 fueron los oficiales del ejército preparados en la URSS con base en los acuerdos de Daoud, que resultó víctima de su propia política, y el Partido Popular Democrático. Esta agrupación se constituyó en 1965 sobre la base de dos movimientos marxistas existentes en Afganistán: el Parcham (voz que significa *bandera*), cuyo jefe era Babrak Karmal, y el Khalq (*pueblo*), presidido por Taraki y en el que también militaba Hafizullah Amin. En 1973, año del derrocamiento de la monarquía por Daoud Khan, ambas fracciones marcha-





ron a una ruptura por violentas pugnas personales de sus dirigentes, apenas encubiertas por débiles razones ideológicas. En 1977 se produce la reconciliación que permite al partido desempeñar un importante papel en la caída de Daoud.

Las medidas tomadas por Taraki ocasionaron un rápido y fuerte descontento, especialmente los ataques al Islam y los graves errores cometidos por la Reforma Agraria. La resistencia eclosionó con un llamamiento hecho el 12 de marzo de 1979 por tres grupos rebeldes a todos los musulmanes del país y que convocó a la lucha común contra el gobierno "comunista y antirreligioso" de Taraki. Un mes antes, el 14 de febrero, en un confuso episodio en el centro de Kabul, había sido muerto por los rebeldes musulmanes el embajador de Estados Unidos, Adolph Dubs. La lucha guerrillera urbana y rural se intensificó a lo largo de 1979 y puso en serio jaque al ejército afgano, cada vez más reforzado por asesores y equipo militar soviético. Ante la gravedad de la situación, el 28 de julio de 1979 Taraki recibió poderes especiales para enfrentar la rebelión.

En el contexto de este rápido deterioro de la estabilidad del gobierno, las luchas internas del Partido Popular Democrático —apenas suspendidas por la reconciliación de 1977— alcanzaron nuevamente un alto dramatismo y fueron comprometiendo seriamente los esfuerzos gubernamentales y soviéticos dirigidos a controlar la situación y organizar la represión de la insurgencia musulmana, cada vez más extendida y exitosa.

Babrak Karmal, jefe de la fracción Parcham del partido, intelectual de origen aristocrático emparentado con la antigua familia real, hijo de un teniente general y gobernador de una provincia, educado en el liceo germano-afgano de Kabul y graduado de abogado, fue uno de los principales protago-

nistas de la fase inicial de la lucha política intestina. Marxista y convencido prosoviético desde el inicio de su carrera, en el momento del golpe de abril figuró como "número dos" de la jerarquía, después de Taraki, como vice primer ministro y vicepresidente del Consejo Revolucionario. Pero ya en julio de 1978 su estrella se eclipsó frente al nuevo hombre en ascenso: Hafizullah Amin, miembro del Khalq —la fracción de Taraki—, también vice primer ministro y ministro de Relaciones Exteriores, antiguo maestro de escuela destacado por su brutalidad y su ambición. Amin logró que Karma fuese apartado del gobierno y enviado a Praga como embajador, exilio diplomático del que regresará en diciembre de 1979 "en los furgones del ejército soviético", como dijo un observador. Inmediatamente se desató una feroz represión contra los miembros de Parcham, que no corrían mejor suerte que el conjunto de la oposición.

Amin fue nombrado primer ministro por Taraki el 27 de marzo de 1979 y su línea fue la de aumentar aún más la represión contra los musulmanes. Eliminado el Parcham, la lucha se desplazó al interior de la fracción Khalq. Según lo reveló un informe publicado por el propio Amin el 21 de diciembre de 1979, pocos días antes de la invasión, éste denunciaba que Taraki había intentado hacerlo asesinar en julio, encubriéndose con su ausencia por el viaje a la Cumbre de los No Alineados de La Habana y, fracasado este intento, nuevamente el 14 de septiembre, circunstancias en que el primer ministro salvó la vida haciéndose el muerto frente a repetidos disparos de los ayudantes de Taraki en el mismo palacio presidencial. En el mismo documento, Amin denunciaba el "culto a la personalidad" impulsado por Taraki y a la camarilla militar que rodeaba al presidente.⁸

Este descompuesto clima de bajo imperio griego quiso ser detenido por el embajador soviético Puzanov, que buscó la reconciliación entre los dos personajes —pero infructuosamente. El golpe estalló finalmente el 16 de septiembre, Taraki fue muerto en circunstancias confusas y Amin fue elegido nuevo jefe de Estado, logrando rápidamente la aceptación del Kremlin, pese a que el propio Brejnev había recibido triunfalmente días antes a Taraki de paso por Moscú a su regreso de La Habana. La participación de los soviéticos en el golpe no ha sido aclarada, aunque la mayoría de los observadores opinan que el hecho los tomó relativamente por sorpresa.

Durante el corto gobierno de Amin se intensificó la represión, a la vez que crecía el movimiento guerrillero. Un índice de la ferocidad del régimen fue la publicación por las propias autoridades, el 16 de noviembre de 1979, de una lista con el nombre de más de doce mil presos políticos muertos en la prisión, además de relatos de testigos presenciales de ejecucio-



nes masivas que quemaban o enterraban vivas a las víctimas.⁹ La presencia militar soviética aumentó sensiblemente, y para principios de diciembre fuentes del Departamento de Estado norteamericano calculaban entre tres mil y cuatro mil los militares y más de mil quinientos expertos civiles, además del rol creciente de los oficiales soviéticos en el alto comando afgano de la represión contra los guerrilleros musulmanes.¹⁰

A la vez, el contexto regional presentaba un alto grado de conflictividad. Después de la caída del Chah, en enero de 1979, el triunfo de Jomeini en febrero y la proclamación de la república islámica de Irán a finales de marzo, el enfrentamiento con los Estados Unidos por parte de la revolución musulmana fue creciendo en intensidad hasta llegar a su punto álgido el 4 de noviembre, con la toma de la embajada norteamericana en Teherán y el secuestro de los rehenes por parte de los estudiantes. Pocos días después, el ataque de la gran mezquita de La Meca, por un importante grupo de terroristas, aumentó la tensión ya que preanunciaba un futuro de desestabilización al principal proveedor de petróleo de Occidente y sustento importante de políticas moderadas para el Medio Oriente.

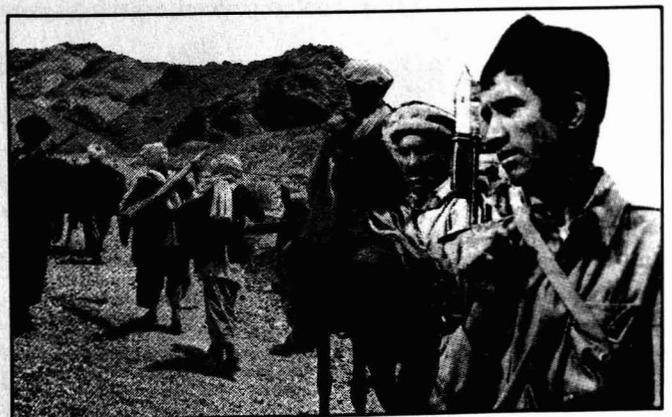
En Kabul, a mediados de diciembre, la hostilidad generalizada de la población hacia la presencia soviética se patentiza en el asesinato de dos asesores, ocurrido en pleno *bazar* de la ciudad, por el grupo *Nasr Islami* (La victoria del Islam). La temperatura política crecía, aunque los observadores diplomáticos occidentales afirmaban que "Moscú puede dejar caer a Amin, pero jamás a la revolución. Los soviéticos están aquí para quedarse".¹¹ Moscú en realidad hizo más que eso: no dejó caer a Amin sino que lo derribó por su propia mano. La presencia militar rusa se hizo más fuerte en torno al palacio presidencial, la gran base aérea de Bagram, al norte de Kabul, pasó a ser ocupada totalmente por ellos, y lo mismo sucedió con la base aérea de Fahrad, en el sur del país. Se informó oficialmente, además, que se construirían otros seis aeropuertos en el nordeste. Desde el 15 de diciembre se empieza a observar la llegada de los enormes transportes Antonov 12 y 22, con una afluencia de unos mil paracaidistas diarios. Finalmente, el 27 de diciembre se formalizó la invasión con la destitución y asesinato —en circunstancias nunca aclaradas— de Amin, y con el ascenso al poder de Karmal, traído por los rusos desde la embajada de Praga. En la tarde del mismo día, el nuevo presidente de la República, primer ministro, jefe del Consejo Revolucionario y secretario general del partido, habló por radio Kabul y sostuvo que Amin había sido juzgado por un tribunal revolucionario y ejecutado "por sus crímenes contra el pueblo afgano". Taraki regresaba póstumamente al favor oficial como "gran figura mártir de la revolución" y el régimen de Amin era calificado como "fascista" y "pronorteamericano", con lo que se desbordó toda capacidad de asombro, siendo estas acusaciones subrayadas por Tass con la afirmación de que el jerarca asesinado era agente de la CIA y que su política obedecía a los dictados de Washington.¹² El drama, con mezcla de tragedia y farsa, estaba consumado.

La invasión soviética y sus repercusiones mundiales

Las repercusiones mundiales por la invasión soviética fueron de gran magnitud y, a la vez, de escasos efectos prácticos. Aún antes de producirse, Kurt Waldheim, secretario general de la ONU, llamó el 23 de noviembre de 1979 a "respetar los derechos soberanos del pueblo afgano a determinar su propio destino". El último día de 1979 el presidente Car-

ter, al que sin duda la acción soviética tomó desprevenido, declaró a la cadena televisiva ABC que "esta acción me ha hecho cambiar profundamente de opinión sobre los soviéticos, más que cualquier otra cosa desde que soy presidente", agregando que su mensaje enviado al Kremlin por el teletipo rojo había sido el "más duro" desde que ocupaba la Casa Blanca, y que la respuesta de Brejnev era "visiblemente falsa". Ese mismo día se reunieron en Londres los representantes de Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y la República Federal Alemana para discutir las medidas a tomar frente a la URSS. El comunicado, deliberadamente vago, reflejó las divergencias entre Europa y Estados Unidos respecto a la táctica a adoptar, pero también fue un indicador de las distintas apreciaciones existentes respecto a las relaciones globales con la Unión Soviética. Consecuencia de esto, Carter actúa unilateralmente el 4 de enero al anunciar una serie de sanciones: *boicot* de los Juegos Olímpicos de Moscú, drástica reducción de las exportaciones cerealeras, restricciones a la transferencia tecnológica, disminución del tráfico marítimo y aéreo entre los dos países, congelamiento del Salt 2 (de hecho ya bloqueado en el Senado en la instancia de ratificación). Aunque duras, las medidas de Carter no resultaron decisivas para que la URSS reconsiderara su política en Afganistán, y en contrapartida fueron utilizadas por Moscú como una nueva cuña entre Estados Unidos y sus aliados. Especialmente Giscard d'Estaing demostró claramente la intención, en un remedo gaullista, de mantener distancia con las iniciativas estadounidenses y oponerse a un endurecimiento frente a los soviéticos que —según él— conduciría al fin de la *detente*. Los gestos de "buena voluntad" multiplicados por París en realidad permitieron a la URSS maniobrar sobre el frente occidental sin conceder absolutamente nada, salvo promesas vagas.

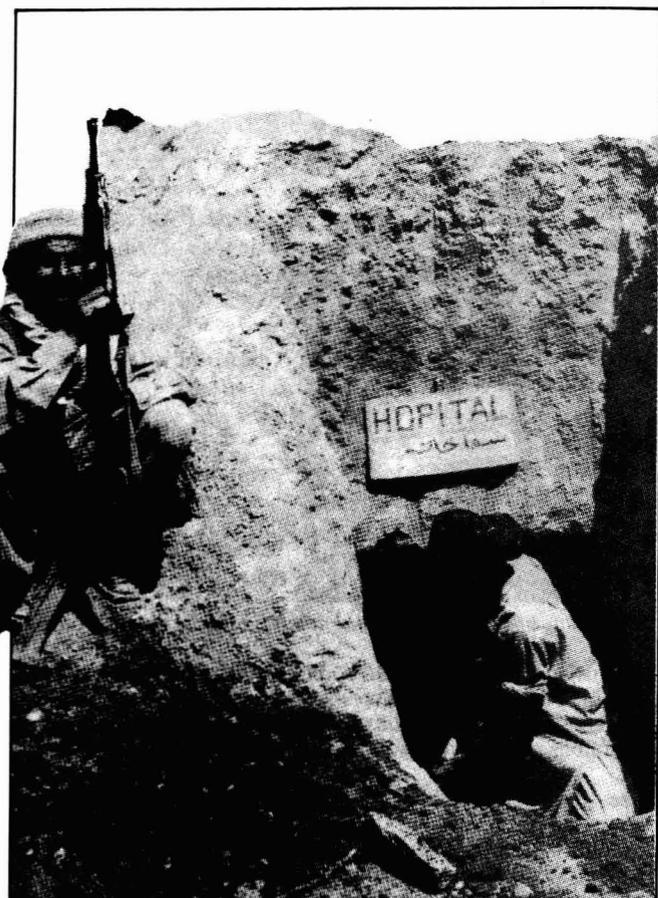
Fuera de los vacilantes círculos europeos de la alianza atlántica, el ataque soviético recibió condenas más duras y significativas políticamente. El 8 de enero de 1980 la URSS recurrió al veto para suspender una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas condenando la invasión, pero sufrió uno de los golpes diplomáticos más serios de los últimos años cuando la Asamblea General repudió su acción el día 14 por una abrumadora mayoría: 104 votos contra 18 e igual número de abstenciones. En Islamabad, la conferencia extraordinaria de ministros de Relaciones Exteriores de los países islámicos también condena la intervención en términos extremadamente duros, en una declaración final inspirada por los sauditas. El Movimiento de No Alineados sufrió una conmoción profunda ya que Afganistán era miembro activo, y al hacerse muy delicada políticamente la posición de Cuba como presidente del mismo y, a la vez, susten-



Los motivos de la URSS y la guerrilla de Alá

La cuestión afgana entraña dos preguntas claves: ¿cuál fue el motivo esencial de la intervención soviética y qué posibilidades tiene la resistencia guerrillera frente al ejército invasor? K. S. Karol, en una serie de artículos publicados en *Le Nouvel Observateur*¹³; esbozó un marco de interpretación en el que considera tres hipótesis: la primera, que se trató de una operación expansionista pura y simple, mediante la cual la URSS —aprovechando las dificultades norteamericanas en Irán— se anexó en los hechos un pequeño país, reforzó su presencia militar en la región, preparó su avance hacia el Océano Indico y mejoró sus líneas de comunicación hacia Indochina. La segunda, fundada en el precedente de Hungría en 1956 y Checoslovaquia en 1968, que se trató de una operación “defensiva” orientada a preservar su prestigio como potencia, amenazado por los éxitos de la insurgencia musulmana contra un gobierno “protegido”, y previendo el posible contagio en la población musulmana soviética. Tercera hipótesis: la operación de Kabul respondió a un desplazamiento de poder en el Kremlin, a una imposición del ejército sobre Brejnev. Karol defiende esta última y prevé un retorno “a la cordura” por parte de Moscú, que se traduciría en la aceptación soviética de una reducción de los SS20 que apuntan a Europa occidental y en la votación favorable de las sanciones contra Irán en la ONU por el caso de los rehenes norteamericanos. Obviamente esta interpretación era congruente con una política como la sustentada por Giscard y destinada a ayudar a las “palomas” en su lucha contra los “halcones” del Ejército Rojo, preservando las posibilidades de *detente* en Europa.

Ninguna de las supuestas actitudes apaciguadoras soviéticas previstas por Karol se produjo. Por el contrario, la URSS reafirmó su voluntad de permanecer en Kabul mientras “dure la ingerencia extranjera en los asuntos internos de Afganistán”, es decir, un plazo absolutamente ambiguo y determinable a su voluntad. Pasados dos años, resulta más claro que los motivos de la URSS estaban mucho más ligados a una estrategia general y en desarrollo que a supuestas divergencias en la cúpula de poder, lo que —además— no resulta contradictorio necesariamente. Las “palomas” o no existen, o no tienen fuerza, o son resultado de las ilusiones de ciertas corrientes occidentales cuidadosamente alimentadas por las maniobras diplomáticas soviéticas. Como lo planteó Raymond Aron,¹⁴ el movimiento afgano fue coherente con una estrategia cuya viga maestra consiste en ganar una guerra sin necesidad de pelearla, llevando la relación de fuerzas a una situación en la que la única salida para Europa occidental, la real zona en disputa, sea la capitulación, la



tadora de la tesis que ve a la URSS como “aliada natural” de esos países.

En Europa oriental, Albania condena enérgicamente a los soviéticos, y Yugoslavia también, pero quizá lo más significativo fue la crítica rumana, que no participó en la votación de la Asamblea General de la ONU, en una abierta actitud de independencia respecto a la URSS y a los restantes miembros del Pacto de Varsovia. En Pekín, además de la condena esperada, se manifestó preocupación por las implicaciones estratégicas que la acción afgana tendría sobre China, y se interrumpieron *sine die* las negociaciones para la renovación del tratado de amistad con la URSS, que expiraba en el curso del año. La invasión soviética trajo también complicaciones en el ya resquebrajado frente “eurocomunista”. Mientras *L'Humanité* saludaba la acción soviética como una ayuda a los progresistas afganos contra los “feudales”, el Partido Comunista Italiano, a través del mismo Enrico Berlinguer, condenaba la acción y la ubicaba dentro del contexto de la peligrosa lucha entre las “superpotencias”.

Sin duda alguna el costo político de la operación fue grande y sus efectos de largo alcance. Pero, por otra parte, se demostró palmariamente —como en otras oportunidades con las agresiones israelíes o con la vergüenza racista sudafricana— que, frente a la política de hechos consumados y del descarnado uso de la fuerza, los mecanismos internacionales de seguridad se vuelven retóricos e inoperantes y especialmente las Naciones Unidas sólo alcanzan a implementar sanciones morales de dudosa —por ser benevolentes— eficacia. Más allá de cada caso concreto, esta situación que se degrada cada vez más constituye un hecho ominoso en el panorama de las relaciones internacionales.

“finlandización”. Las tropas de ocupación soviéticas en Afganistán constituyen en realidad una punta de lanza poderosa que amenaza en forma directa el flanco más sensible: el Golfo, el estrecho de Ormuz y la larga y vulnerable línea de transporte petrolero que bordea África. Las propias características de las fuerzas de ocupación así lo indican: dos de las siete divisiones aerotransportadas de élite del ejército soviético, una división de blindados pesados y dos divisiones motorizadas —ninguna adecuada a las características del terreno afgano—, a lo que hay que sumar las facilidades aéreas desde las nuevas bases construidas en territorio afgano. Subsidiariamente hoy infantería y helicópteros artillados que sí resultan *ad hoc* para la lucha antiinsurgencia.

El resultado necesario ha sido una intensificación de la presencia bélica en el Indico y en el Medio Oriente de la otra superpotencia, como acertadamente previó Francis Schlosser. El rearme estadounidense recibió un poderoso impulso con la aventura soviética, y fue colocado por Carter como prioritario en su informe sobre el estado de la Unión, en enero de 1980. La creación de la “fuerza de despliegue rápido”, la intensificación de las relaciones militares con Egipto y la posibilidad de la instalación de bases en Kenia, Somalia y Omán, además del fortalecimiento de la flota presente en el Indico, fue la consecuencia necesaria del “engranaje afgano”. Resulta claro que Occidente no luchará por Kabul; lo que queda librado a cálculos estratégicos bastante imprevisibles es si lo hará por Karachi o por Ormuz. La lógica expansionista tropieza cada vez más con los reflejos defensivos de un imperio amenazado, y en este juego el pueblo afgano resultó un peón bien modesto en el tablero.

Sin embargo, ese pueblo protagoniza —como en sus mejores tradiciones— una lucha intensa de liberación, con características políticas complejas y en condiciones militares muy difíciles. La característica esencial del movimiento que enfrenta a los soviéticos es la heterogeneidad de sus participantes y la falta de unidad, que supone un pasado *hándicap*. Con ocasión de la conferencia islámica de Islamabad, en enero de 1980, se dieron algunos pasos en dirección a una unificación que asoma lejana y problemática. Los grupos actuantes ofrecen un amplio espectro de opciones políticas para el futuro afgano: por un lado, figuran los dos movimientos radicales musulmanes, el Hezby Islami y el Jamiyate Islami, con una clara influencia de la revolución islámica iraní, el Inteqlab de tendencia reformista moderada y el Movimiento de la Revolución Islámica, religioso integrista. Entre esos grupos existe una incipiente coordinación política y una relativa cooperación militar. A su vez, y actuando en forma separada, se mantiene el Frente Nacional de Liberación de Afganistán, fiel al rey Zaher y declaradamente prooccidental, al

que se ha fusionado un grupo conservador denominado Paiman Hebad Islami (“Los que han jurado defender al Islam”).

El centro de la resistencia islámica está situado en Pakistán, en la ciudad de Peshawar, a treinta kilómetros del famoso paso de Khyber, centro de los campos de refugiados, que son cercanos al millón. La situación crea una delicada posición para Pakistán, presionado intensamente por los soviéticos para cerrar los “santuarios” de los guerrilleros afganos y amenazado por los ánimos separatistas de su provincia de Beluchistán, que separa Afganistán —y a los soviéticos— del Océano Indico. En una situación de crisis la autonomía beluchistana podría resultar una coyuntura muy favorable para un próximo paso de Moscú, que se sirve también de la tensión permanente entre Nueva Delhi e Islamabad para su juego geopolítico regional.

La resistencia afgana, pobremente armada y equipada, difícilmente puede anotarse triunfos espectaculares, pero las mismas características físicas, políticas y sociales del país hacen arduo su aniquilamiento, pese a los sofisticados recursos y a la represión llevada a cabo contra ella —que, además, ha golpeado indiscriminadamente a la población civil. Existen acusaciones, no plenamente comprobadas, de que las tropas soviéticas utilizan incluso armas químicas experimentales contra los reductos rebeldes musulmanes.¹⁵ Como ya dijimos, del “atraso” y la dispersión extrae la guerrilla su fuerza de perduración. La perspectiva más cierta es una permanencia centrada en el hostigamiento esporádico del invasor, en un desgaste prolongado que no será decisivo de no mediar otros acontecimientos de la escena internacional o en el propio interior de la Unión Soviética. De todos modos, los afganos, con su fiera proverbial, siguen de pie. Como le dijo a un periodista francés un viejo refugiado armado con un rifle inglés “Lee Enfield 1918” mirando hacia las cumbres nevadas de su país: “Los soviéticos están solos, allí, a veinte kilómetros del Khyber. Ellos tienen los medios. Los otros, montañeses y guerrilleros de Alá, tienen la fe”.

Notas

1. Titular de *Le Monde*, 28/12/1979.
2. Nunca se hizo un censo general de población. La estimación para 1971 era de 17,500,000 habitantes, de los cuales 2,500,000 eran nómadas.
3. Para algunas características antropológicas y sociales de Afganistán y su relación con la lucha antisoviética ver “Las etapas del naufragio de Afganistán”, entrevista al antropólogo inglés Mike Barry por *Le Nouvel Observateur*, en Karol, Aaron y Barry. *En torno a la cuestión afgana*, México, Ateneo de Estudios Latinoamericanos, 1980, págs. 30 a 36.
4. Ver el interesante artículo de David Fromkin, “El gran juego en Asia”, en *Ciencia y desarrollo*, número 41, nov./dic. 1981, Año VII, México, CONACYT, en el que expone el choque de las estrategias británicas y zarista en Asia durante el siglo pasado y traza inteligentes y muy sugerentes analogías con la situación actual.
5. La versión es de Mike Barry, que se encontraba en Afganistán en esa época.
6. Confrontar las opiniones de Barry y también Blanchet, Pierre, “La faucille et le croissant”, en *Le Nouvel Observateur*, número 791, 7-13/1/1980.
7. La expresión pertenece a Daniel Vernet, en la serie “Un pays sous l'étoile rouge”, *Le Monde*, 16, 17 y 18/1/1980.
8. *Le Monde*, 22/12/1979.
9. Cf. entrevista con Mike Barry.
10. *Le Monde*, 6/12/1979.
11. *Le Monde*, 20/12/1979.
12. *Le Monde*, 29/12/1979.
13. Karol, K. S., “Moscú: qui a envoyé Pes chars?”, *Le Nouvel Observateur*, número 791, 7-13/1/1980; Karol, K. S., “Ceux qui pussent Brejnev à risquer la guerre”, *Le Nouvel Observateur*, número 793, 21-27/1/80.
14. Aron, Raymond, “Les legions de Kaboul”, *L'Express*, número 1488, 19/1/1980.
15. Sullivan, Walter, “Las toxinas en el arsenal soviético”, en *Contextos*, Secretaría de Programación y Presupuesto, número 45, 12-18/11/1981.

